

## **ESTOS SÍ NO SON "CUETES"... ¡CARAJO!**

Ante semejante y sorpresivo alboroto, dejé la rutinaria contemplación del mar, y saqué la cabeza, cuanto pude, entre los barrotes de la celda. La tercera galería del penal era larga y el rumor avanzaba como huracanado ruido hacia mí. Como siete metros afuera, las palabras se engarzaron y logré escuchar algo que parecía mentira. Eran las cinco y media de la tarde grisácea, plúmbica y marina, en el barrio de El Chorrillo.

-Ey, loco- gritó, desde la celda seis un recluso -¡mataron al presidente ! Y siguió el eco, de celda en celda: "mataron al puñetero presidente de la república... Se llevaron al puta ése"...

Tenía un año y medio de contemplar, en las tardes, ese paisaje, día tras día. Más allá de los ennegrecidos barrotes de la hedionda celda, en donde ocho presos envejecíamos fatalmente, allá lejos del mar parpadeaba el horizonte azulísimo, pero a veces, casi dorado, sobre el cual caían perpendiculares brigadas de negras tijeretas, o grises y robustos pelícanos. Los pájaros buscaban, entonces, la dirección de las islas, en las cuales tenían sus dormitorios, entre las torcidas ramas de los azotados árboles del manglar.

-Oye, "Bomba Atómica" ¿en dónde mataron al tipo?

-En el hipódromo- respondió el "canero" viejo.

Cerré y abrí varias veces los ojos. Eché atrás la cinta y los ecos se repitieron: "Mataron al presidente"... Regresé a la ventana, traté de hallar las siluetas de los pájaros, en el crepúsculo, pero algún pez sierra enorme o un fabuloso tiburón se habría tragado la tarde.

Entonces tuve conciencia del tridimensional fenómeno ocurrido; la película se proyectaba en tres pantallas, al unísono: el trozo de mar, ya sin pelicanos y tizeretas; acá, por la galería, el tropel de voces e imprecaciones sobre el crimen y el presidente de la república, el coronel, y abajo, en los pasillos del plantel, los policías corrían a colocarse las cananas, subirse los pantalones verdes y a bajarse el miedo de las gargantas.

-Rajaron al coronel con una ráfaga de ametralladora... ¡Bendito sea dios... señor!- clamó uno que recién regresaba de las isla penal de Coiba.

En ese momento, ante mí, si eran los guardias culebreando con sus fusiles verdes, o los pájaros negros que daban volteretas, por un instante, no lo discernía, y por eso, tal vez... ¡qué sé yo! me vino el susto colectivo hasta la nuca y me dije: "¡Mierda! ahora dirán que fuimos nosotros!"...

Como una pommesa estiré el cuello entre los barrotes de la puerta que daba al pasillo y pregunté al centinela que cruzaba, para cerrar, con enormes candados las celdas:- "Oiga, mi sargento...¿qué es eso de que mataron al presidente?"- El sujeto me miró con pavorosos ojos de matón y respondió:- "¡No me joda!"

Y tal vez era verdad que lo jodía, porque el presidente al cual se acaban de echar, había sido justamente el mismo que hacía varios años mandó al gobernador de la provincia a que me matara..." Que lo mate, presidente? ¿Eso dijo usted o escuché mal?"-preguntó el asombrado jefe provincial. Para aquellos días en la región había una intensa lucha campesina, contra los terratenientes, quienes le exigían al presidente acabar con los comunistas, y precisamente era yo quien dirigía las acciones de los campesinos.- "Eso dije"- respondió el coronel- que lo mate ya y se acaben esas vainas por allá. "Y creo que por esos tragos no me mataron aquella vez.

Sin embargo al gobernador, según el presidente, le faltó huevo y prefirió consultar con su mujer.

-Qué hago, mi amorcito?- le preguntó a la gobernadora, luego de informarle sobre la orden del presidente.

-¡Qué horror!- exclamó la dama- Mira, no seas bruto, papito, de fijo, cuando el jefe te llamó estaría borracho, como es su hábito. Y después que mandes a matar al tipo, dirá que no se acuerda de haberte dicho nada, y a ti te van a mandar para Coiba, si el gobierno se cae... Veinte años, papito, lejos de tu cama y tu mujercita. Y por otro lado, negro, si lo mandas a matar... ¿quién te dice que un día, tú mismo no amanecerás con la boca llena de hormigas?

El gobernador pensó que su mujer tenía mucha razón, ella era así de adivinadora. Al presidente le gusta mucho el trago, le encanta el whisky fino; de seguro estaría tomando con el jefe de la inteligencia del Comando Sur, que es su compinche. Entonces el gobernador en lugar de mandarme a matar, de una vez, fue al cuartel, llamó al capitán y lo invitó a tomarse unos tragos en el burdel de las afueras del pueblo. Allí trasegaron bastante.

- Jefe- le dijo el gobernador al capitán- qué le parece que el presidente me ha llamado, hace unos momentos, para que le ordene a usted que mate al tipo que tiene allí preso?

- ¿Que, qué?- contestó el militar y gritó:- ¡bajen la música de ese traganíquel!

- Pues me dijo- repitió el gobernador- que liquide al hombre que tiene allí, o sea, que lo mate.

- ¡Chucha!- exclamó el capitán- No puede ser, yo lo haría pero pero tú lo sabes, mañana me caso con la hija de don Pío...

Cuando el de la inteligencia del ejército norteamericano, en el Comando Sur, llamó al presidente, para averiguar por el asunto, el coronel le contestó- okey, Joe, anda mañana, en la tarde al hipódromo, nos tomaremos un par de tragos. Y por eso lo mataron.

Y aunque el sargento de la galería tercera, no quiso contestarme, ya todo mundo lo gritaba:- "Mataron al man!... ¡Buena esa!"- Una alegría de mil pájaros sueltos de su jaula, me subió aleteando hasta las orejas.

-Ey, tú, Zapatón... ¿por qué mataron al coronel?

Pero meses antes habían matado a otros. El escándalo mayor fue cuando hallaron a la hermosa mujer del Ministerio de Relaciones Exteriores, supremamente acuchillada en el «push button», o casa de cita, llamado "Flores Negras". A la dama, además de yugularle el cuello con la navaja, el asesino le trucidó los senos. El hecho resultaba más espeluznante, porque unos dos años antes, la muchacha había ganado el concurso nacional para competir en Hong Kong, en donde obtuvo, con la ayuda de poderosas influencias, el famoso título de Mis Universo... ¡Matar a tanta belleza mundial... santísimo!...

La "mis" o reina y esposa del canciller, de veintitrés años, un verdadero bombón, al lado del sexagenario marido, salió en los periódicos cuando cumplía años. La foto pasó a ser pieza de la investigación del caso. Al lado de atildadas señoras, de ministros, cuerpo diplomático, habían oficiales del Comando Sur de los EEUU acantonado en Panamá y de la Escuela de las Américas de Fort Gulick.

Todo mundo sabe que a un «push button» se entra en carro, subrepticamente, para cuidar a la pareja. Lo particular de el "Flores Negras" era que pertenecía, nada menos que al propio coronel y presidente, quien a su vez, estaba emparentado con el señor canciller. Según las pesquisas, todo indicaba que el autor del crimen había sido un oficial del ejército boliviano, un tal Anguita, quien realizaba un curso de contrainsurgencia en la dicha Escuela de las Américas.

Cuando el aseador, esa mañana, abrió la puerta del número trece halló a la joven totalmente muerta, ensangrentada y desnudísima.

- ¡Putal!- exclamó- y fue a dar al español, el gerente.
- Oiga, señor -dijo el aseador- allá en el cuarto trece hay una fémina pelada.
- Vamos, ¿y eso qué tiene?
- Nada - respondió el trabajador- ¡que está pelada y muerta!

Se formó el despelote, el arroz con mango, el revulú. Corrió el español y al verla, se dijo: -¡Coño...joder!... es la esposa del canciller... ¡Mis Universo!

Desde luego, ¿quién no conocía a Mis Universo? Española encerró al mozo y le advirtió:- "Como le cuentes esta vaina a alguien, ya tú sabes..." Y el empleado comprendía perfectamente el significado de la sentencia. El gerente pensó llamar al propio dueño del kilombo, pero a esa hora, de seguro no había llegado al palacio presidencial. Marcó el teléfono de uno de los guardaespaldas, el cual, corría con todos estos negocios, y le contó la tremenda cosa. El guardaespaldas, que una vez fue campeón de boxeo, despertó al coronel.

- Coronel -le gritó por el teléfono- ¡cáigase de culo!...

- ¿Qué ahuevazón me traes a esta hora, pedazo de pendejo?

- Nada, mi jefe, solamente que en el cuarto trece hay una mujer muerta.

- ¿En «El Rocío»? -preguntó el ejecutivo.

- No, presidente, en "Flores Negras" Pero vuélvase a caer de nalgas, mi coronel... sabe quién es la víctima

- ¡Dime huevón, habla rápido... ¿quién ?

- No me lo va creer, jefe... la mujer del ministro de relaciones exteriores.

-¿Mis Universo?- contestó el inquilino del palacio presidencial.- No puede ser. ¡Tú estás borracho, cabrón!

- Pues ella es, mi presidente- afirmó el chulo.

- Entonces- recapacitó el coronel, esto va ser un golpe de Estado... Dime, ¿quién se enteró de la vaina?

- El mozo aseador y el doctor Española.

- Bueno, desgraciado, desaparéceme al mozo a como dé lugar.

- ¿Y cómo, jefe?

- Me lo preguntas tú a mí, so maricón? Tíralo de un avión al mar, sácalo del país hacia la Patagonia lo que sea...

Y como siempre, pese a los secretos, el caso corrió de lengua en lengua.

Alguien traspuso el cuerpo de Mis Universo a un deshabitado herbazal de los predios de la Zona del Canal. Pero un perro doberman

y una patrulla hallaron, sin querer, la baja producida por el ejército boliviano y pronto se enteró el Comando Sur; comunicaron al Pentágono, a la Casa Blanca y a la CIA.

El encargado de la CIA examinó el tarjetario, pues todavía no funcionaban las computadoras, y encontró la ficha: decía así: "Mis Universo, fulana de tal, esposa del canciller, panameña, veintitrés años, hermosa. En sus días de universitaria fue postulada para el cargo de secretaria de finanzas de la U.E.U. en la nómina del frente Demócrata Cristiano. Se le hizo un buen trabajo para elegirla Mis Universo en Hong Kong. Casada con A.B. viajó por Europa, incluso visitó Praga, con su esposo que ocupaba entonces, el cargo de Embajador en Alemania Federal. Allí la captó nuestro corresponsal para que realizara contactos con el embajador checo. Su trabajo actual consiste en informarse por su marido, el canciller, de la posición del gobierno brasileño sobre la posibilidad de que este país domine técnicas apropiadas para el enriquecimiento del uranio. Apasionada por las joyas, el whisky, las aventuras repentinas, aunque de una sólida preparación en física nuclear.»

Entonces, de la misma embajada norteamericana llamaron al presidente para informarle que en estado de descomposición había sido hallada la señora D.D., esposa del señor canciller, conocida como Mis Universo. El cadáver estaba en la morgue del Hospital Gorgas, en Balboa City.

Un radio-periódico de la tarde soltó el bochínche: "Asesinan a Mis Universo; su cuerpo fue hallado en la Zona del Canal, totalmente acuchillado. ¿Crimen pasional o político-internacional?"

Esa mañana, del aeropuerto militar de Howard salía el Coronel Anguita hacia rumbo desconocido. Meses después del cambio del gabinete, tras el suicidio del canciller, al publicarle la hipótesis de que el autor del crimen había sido el coronel boliviano, quien hacía un curso en Fort Gulick (el mismo que aparecía en la foto del cumpleaños del canciller publicada en los diarios) el Comando Sur, a través de sus relaciones públicas manifestó "que en la Escuela de

las Américas, no cursaba ningún coronel boliviano de apellido Anguita." Pero un periodista boliviano publicó en Chile, que este hombre realmente existía y era una de las principales fichas en el tráfico de drogas.

Pero justo, en la semana siguiente empezaron los carnavales y estas fiestas salvaron al presidente, de toda la maledicencia y las complicaciones del caso. Se desplegó el aparato pachanguero de todos los ritmos y colores y hasta el mismo presidente se fue a brincar en las tunas y los culecos, en la bella y alegre ciudad de Las Tablas.

Coincidió, precisamente en una playa de aquellos lugares con el señor embajador de los Estados Unidos, y en un momento se apartaron, en sendas hamacas debajo de sombreadas palmas, mientras tomaban el whisky.

- Sabe señor presidente -dijo el embajador- el Departamento de Estado es favorable a la firma del nuevo convenio entre nuestros dos países. ¿Okey? Cerraremos nuestros comisariatos, así los comerciantes panameños tendrán un mercado sin competencia nuestra. ¿Okey? Subiremos, hasta un millón ochocientos mil dólares la anualidad que pagamos en arrendamiento por el usufructo de la Zona del Canal ¿Okey?.

El coronel, con media docenas de tragos, casi reventaba dentro de su vestido de baño azul, que apretado sobre la inflada barriga presidencial daba la impresión de un enorme pargo preñado.

- ¿Me habla usted, en serio, señor embajador? ¿O se trata de un chiste de carnaval?

- No es ningún chiste señor presidente- arrugó el ceño el embajador- revolvió con el dedazo los trocitos de hielo del vaso, miró a los hombres de la escolta que estaban a diez metros de allí y expresó, bajando la voz: puedo confirmarle que el convenio se firmaría rápidamente, pero usted debe acceder a los siguientes términos: devolver a los Estados Unidos, para su uso, la base militar de Río Hato, la cual nos fue arrebatada, en 1947, por la chusma

comunistaide y asimismo librar de impuestos la introducción, a la Zona del Canal, de bebidas alcohólicas, y finalmente, esto es muy sencillo, recrudescer más eficazmente la acción de su policía contra los comunistas y sus aliados...

- ¡Ah!, pero todo esto, señor embajador es muy fácil para mí, usted lo sabe.

- Sí -insistió el embajador- pero le voy a advertir algo distinto, muy distinto, señor presidente. Perdóneme- bajó la voz- me ordenaron informarle que si usted quiere el nuevo convenio, lo cual le dará gran poder y estabilidad a su gobierno, incluso para reformar la Constitución y reelegirse, el Departamento de Estado exige que corte el tráfico de cocaína, la que con su beneplácito pasa por su país... ¿Oyó?, que lo corte ya. Esto debe hacerse, digamos la próxima semana. Nosotros tenemos que saber que pasado mañana, después del miércoles de ceniza, usted tomará las medidas apropiadas. ¿Okey?

Al presidente se le esfumó la juma y quedó lúcido y espantado, como un fantasma. Se puso medio gago, luego enmudeció.

-Piénselo señor presidente- dijo con una sonrisa sardónica el embajador- habrá convenio y prosperidad para usted, a manos llenas.

- En otro sitio de la playa empezaron a tocar los tambores de los culecos y el carnaval echaba sus voladores y las moñas de "cuetes" chinos: fuás... tra... tra... tatá!...

Pues bien, el convenio se firmó y a la familia de la cocaína, para esos días, le bajó verticalmente su rentabilidad. Es más, los medios publicaron la fotografía en donde la policía secreta del coronel, aparentemente quemaba varios paquetes de la droga, en forma pública. Perros amaestrados, regalados por los Estados Unidos, sorprendían a cocaineros y marihuaneros en el aeropuerto. Embarcaciones colombianas y peruanas eran interceptadas en las costas del Pacífico y el Atlántico. El coronel cumplía estrictamente su palabra de hombre. ¿Okey?

Desde luego, ningún periodista local quería amanecer sin respiración y por ello, no comentaban lo que los rabiblancos

aristócratas del Club Unión festejaban; o lo que la oposición echaba a correr, de lengua en lengua, y era, además, archisabido por las gentes, por limpiabotas, barberos, taxistas y demás comadres y compadres. O sea, el siguiente cuento: que el coronel boliviano, Anguita asesinó a Mis Universo, la que esa noche había regresado a la Isla de Taboga borracha y drogada. Eso estuvo en el examen de laboratorio de los norteamericanos, del Hospital Gorgas, de The Canal Zone.

Se decía que Anguita conoció a Mis Universo, en una fiesta que dio el presidente en la finca "Las Alegrías", en el cual el mandamás poseía una cría de caballos árabes, procedentes de Argentina. Que la tal Mis Universo hizo varios viajes, como dama de compañía de la esposa del coronel, presidente de la república, a la Paz y a Santa Cruz, relacionados con los concursos locales de belleza, destinados a recoger fondos, en Bolivia, para los niños impedidos. Además en aquel famoso viaje a Puerto Rico, con parecido motivo, se trataba entonces de una cena de a cien dólares el cubierto, al llegar la Primera Dama, al aeropuerto de San Juan, la policía norteamericana encontró, en una maleta, unos cinco kilos de cocaína pura, de marca superior. La Primera Dama dijo que esa maleta era, nada menos, que la de Mis Universo, quien le acompañaba. Y Mis Universo chilló:- ¿Quién dijo?... ¿Qué le pasa a ustedes?... ¡Ah!... Esa maleta nunca ha sido mía, señores, ni tampoco de la Primera Dama... Y para no dañar la fiesta: ni la imagen de la Primera Dama y del Presidente colaborador, aquello quedó en la Cochinchina del olvido. Pero se sabía. Y todo eso ocurrió antes de la firma del mencionado convenio. Y cuando en la playa el embajador le exigía al presidente que debía cortar el tráfico de la droga en su país, el coronel sabía de qué asunto personal se trataba y se le derramó el dorado vaso de whisky.

Esa tarde de enero, traslúcida y azul, de los pájaros oceánicos y del crepúsculo, en el hipódromo corría la yegua "Magdalena", propiedad del señor presidente, en un clásico de potrancas

nacionales. Pero la "Magdalena" a juicio de los más expertos había perdido, por cuestión de narices. Sometido el caso al recurso de foto-finish, un escolta del presidente convenció al fotógrafo de la necesidad inapelable de velar la placa, y la yegua presidencial ganó el clásico.

Precisamente celebraban el triunfo de la "Magdalena" el presidente con sus íntimos amigos y amigos, esa tarde, en el bar presidencial del hipódromo, entre tragos, risas y chacoterías. Con motivo del clásico el lugar lucía como un carnaval, hasta globos había, fuegos artificiales y sobre todo, moñas de cohetes chinos que atronaban, entre la algarabía de los apostadores, de sus hermosas mujeres, de bien vestidos dueños de caballos, jinetes, preparadores y toda la fauna del negocio, incluidos los duchos en drogar animales, para obtener éxitos indudables.

Así de contento estaba el señor coronel, con sus leales amigos y amigas, libando wisky del mejor. La tarde de los caballos oscurecía en su tinte azul violeta, sobre los papos y otras plantas de adorno; ya se encendían las electricidades, por doquier y había música, cuando de pronto... ¡ay, dios!... se dobló, de un lado el presidente; del otro lado, algunos de sus conmlitones y fue cuando el coronel, todavía alcanzó a decir:- "Estos no son 'cuetes'... Carajo!"...

Para variar, esa tarde, empezó a morirse poco a poco, mientras que los miembros de la escolta estupefactos sacaron a destiempo sus inútiles pistolas y metralletas, y alguien gritó:- "¡Putá...mataron al presidente!... ¡Llaman una ambulancia!" Pero eso no estaba previsto en el guión del clásico de potrancas nacionales.

Sin embargo todavía, en la pista polvorosa corrían los últimos caballos negros y rojos, y la gente no se dio cuenta de que no podían salvarle la vida al coronel, ni con la oración del perro negro, pues la vida se le moría al jefe.

Ya muerto, o en la táctica coyuntural de la muerte, él sintió que le salieron alas polímeras, y subía a lo que pudo haber sido el altozano del cielo, pero no era... Había cierto pluralismo de lo

celestial y lo infernal, en esas nubes llenas de ángeles y arcángeles desnudos, y de diablos y diablas, con rabo y cachitos, a todo dar.

Mientras los ángeles enrojecían de vergüenza, los diablillos le sacaban la lengua a su camarada difunto. El ánima del coronel exclamó:- "Oh, señor dios, o señor embajador... ¿será posible que me hayan traído a la tierra del comunismo?" -Y un diablito se le acercó con picardía, y le musitó al oído:- "Estos no son "cuetes", mi coronel... no son cuetes.. ¡amén!..."

Dicen que todavía el hombre tenía algo de pulso y de respiración. Pero frente a los ángeles y diablos, al fin, esta tarde de los pelícanos y tijeretas de mar, se murió supremamente, sin jerarquía ni mando, el señor coronel.

Tal vez, por eso, el presidente cambió de color, cuando el Embajador, durante el carnaval, en aquella playa le dijo, bajando la voz:- "Presidente, dicen en Washington que corte sus lazos con la familia-" Pero ya era por gusto, pues el coronel estaba perfectamente muerto y transportado a los terrenos de la imponderabilidad.

Desde la tarde en que hicieron ganar a la yegua "Magdalena" y sonaron los disparos que no eran cohetes, cuando el caballo de la muerte vino a buscar al coronel, pues a muchos otros después se los llevó también la pelona; gentes que anduvieron metidas en aquel asunto, desde cuando hallaron asesinada a Mis Universo, pero no un sujeto tal llamado Lischtein un gringo, quien salió aquella misma tarde de los pájaros, con su visa de turista por la puerta ancha del aeropuerto, en el vuelo de la "Panamerican", hacia Nueva York; él, se dijo fue uno de los que disparó, pero hubo otros...

Y aunque todavía nadie sabe exactamente, ni los ángeles ni diablos, quién mató realmente al señor coronel y presidente, pues hicieron un juicio de pantomimas y de farsas folclóricas. En la hemeroteca de la Biblioteca de Washington, en un viejo ejemplar de "The Washington Post" el cronista Raymond Bellez escribía:- "Al presidente -se refería al caso- se los llevó la familia. Cuando bajo la presión del Departamento de Estado, a través de nuestro

embajador en aquel país, se le exigió, primero y amenazó, después para que se rompiera sus lazos con el tráfico de drogas, y en efecto el presidente decidió comunicar a sus compinches y capos para que entendieran, que por motivos superiores, se vería obligado a no permitir más al trasiego de la mercancía por el istmo, y empezaron sus agentes a cazar narcotraficantes.. Entonces ocurrió que para esa navidad, el padrino le envió una tarjeta postal al coronel, en la cual había una mujer desnuda, y en donde escribió:- "Tú sabes, amigo coronel, que quien se mete en el baile, baila y si no, truena. Chao, mi amigo".

Yo miraba, pues, aquella tarde los pájaros marinos, por entre los barrotes de la tercera galería de la cárcel, en espera de que pasaran lentamente los mil seiscientos días, o sea, los cuatro años y un mes de cárcel que me había echado el coronel, cuando repito, venía como una marejada el rumor de voces de los presos

"-Acaban de matar al jodido presidente"...

En el barrio de El Chorrillo, al fondo, en una cantina, hasta la madrugada estuvo la gente festejando la cuestión y se escuchaba el popular son: "No estaba muerto, andaba de parranda"

**Diciembre- 1956**  
**Santiago de Veraguas**

## ESCUELA TÉCNICA, PADRE SINFOROSO FONSECA

Eran justamente las once de la noche de aquel sábado de la gran fiesta del matrimonio, cuando Pedro Guitarra, a pesar de los puñetazos y los insultos, no podía sacarle nada a Catalina, la hija de Cosme.

La muchacha horrorizada y completamente desnuda, en un rincón del cuarto, echada en el suelo, como una perra, con sus manos ocultaba sus senos y trataba de meter el desfigurado rostro en el revoltijo de sus largos y negros cabellos. Ella gemía. El hombre, con el torso desnudo, parado frente a ella, con las piernas abiertas y un foete o mulero en las manos, todavía amenazantes, fiero y sin control gritaba:

-¡Habla puñetera!...

Según la gente, el matrimonio había quedado lindísimo.

El padre Sinforoso Fonseca lució sus mejores galas y palabras, pues se le casaba una de las mejores participantes del coro y de la Congregación de las Hijas de María Solteras.

La ceremonia religiosa estuvo como nunca en aquel pueblo, y Pedro Guitarra echó la casa por la ventana, y aunque no era rico; a no dudar se endeudó para que no faltaran lechonas asadas, gallinas adobadas, morcilla de gallina, arroz con asaduras, chicha fresca, chicha agria, seco, vino para las mujeres, y hasta algunas botellas de whisky.

La pareja sobresalía entre los invitados, no sólo por su juventud, sino porque la chica era muy habilidosa en todo tipo de artesanías y labores caseras, y Pedro, además de ser un experto ebanista, hombre trabajador y sumamente cumplido y estricto en todo, era el mágico intérprete de la guitarra, cantaba hermosos pasillos y boleros.

En el pequeño poblado, cerca de la cordillera azul y morada habían algunas cosas que Pedro Guitarra, forastero él, le hizo amarrar al lugar, desde la noche en que vino a cantar una serenata, a pedido de un amigo.

A la semana siguiente, allá a lo lejos, a la entrada del llano, bajo la ramazón del viejo algarrobo por donde se perdía el sol, aparecía un jinete. Entonces vieron llegar a la comunidad un hombre, con caja de herramientas y una guitarra. El hombre se llamaba Pedro Guitarra, quien instaló su taller y echó allí sus raíces nuevas. A él le encantaba la verde meseta, plana como una mesa; el espectáculo de la cordillera cercana y una poza redondita, de aguas transparentes y verdiazules, rodeaba de altos muros de piedras amarillas, y rociada por la caída de una pequeña catarata que atravesada por los rayos del sol, llenaba la poza de un iridiscente arco iris.

Para las muchachas casaderas y aún, para todas las mujeres, Pedro Guitarra era una atracción, pero el ebanista estaba lejos de ser un putañero de ocasión, sino ciertamente un hombre hecho y derecho. En su ajeteo diario esperaba la suerte de hallar una mujer de su clase, para amarrarse de por vida y no muchachas fáciles, para un pasar, y menos mujerzuelas culiprontas.

En ese rumbo, al fin y al cabo, en una misa dominical le pegó el ojo a una muchacha, como de dieciséis años, cuya voz se destacaba en el coro, además de su negra y larga cabellera indígena, sobre su blanco rostro: - «lo indio y lo español», se dijo -supuso buen talante de mujer para sus aspiraciones sencillas. No era la belleza del otro mundo, pero allí le iba a cualquiera otra del poblado y proyectaba en las gentes su hermosura, limpidez, sinceridad que la ennoblecía. Luego averiguó sus otros dones, y era tal cual la deseaba, un poco pobre, pero muy trabajadora.

De verdad, el amor empezó un siete de diciembre. Pedro Guitarra, con otros lugareños llevaba serenatas con motivo del día de las madres, él fue la casa de Catalina, la de los cabellos negros y largos, la hija de las señora Robustiana, la mujer de Cosme, y allí

hizo las mejores canciones de la noche. Pero hubo una pieza que mereció el comentario de los acompañantes, luego que se sentaron en la mitad del llano, en horas de la madrugada, a rematar una botella de seco.

-Oye, Pedro, ese bambuco, como que no sonó bien para doña Robustiana.

-Nada, amigos, ésa era para la hija.

Era aquel que decía:

"Por un beso de tu boca,  
yo no sé cuánto daría...  
Tal vez en mi fiebre loca,  
al besarte moriría."

Al día siguiente, cuando la Catalina pasaba frente a su taller, hacia la tienda, la detuvo y le dijo: -"Catalina, ¿qué tal la serenata de anoche? -"¡Ah! muchas gracias Pedro"... "Pues creo -dijo Pedro- que entendiste que la última canción era más bien para ti"... -"Pues mire, no; no me di cuenta" -contestó la muchacha, con su picardía.

Pasaron los veranos y las lluvias, y un día Pedro le comunicó a sus amigos, que se iba a casar, porque el destino, escrito estaba, había dispuesto ese encuentro y ese amor, y que Catalina sería eternamente la mujer de su vida.

Ahora, en la primera noche de luna de miel, luego del gran jolgorio, Pedro con el garrotillo en la mano, arrinconaba a Catalina, desnuda en una esquina del cuarto, echada allí como una espantada perra. La había golpeado duramente con los puños y chicoteado con el mulero en las piernas y los muslos. Ella, con el rostro metido entre los senos y las manos, temblaba de pavor. La estampa era muy distinta a su canto en el celestial coro. Sangraba por las comisuras de los labios, y mostraba llagas amoratadas en los muslos; tenía un ojo colombiano -morado- de un puñetazo; estaba hecha una piltrafa humana.

La cama doble de caoba, que el mismo Pedro había diseñado y decorado con todas las gubias, en cuyo respaldo aparecían dos

palomitas besándose los piquitos rojos, estaba desacomodada: una almohada tirada en el suelo, las sábanas arrugadas. Había en el pequeño cuarto semioscuro un ambiente de locura.

-Habla o te voy a colgar de esa solera. -gritó el enfurecido esposo- Y se dirigió a otro cuarto, trajo de allá una delgada soga; puso en el centro del cuarto un taburete, se encaramó y echó las puntas de las sogas para alcanzar la solera. Hizo las debidas amarras y dejó los cantos para las débiles muñecas de Catalina, hecha un bolillo de pánico.

-¿Crees que no te voy a colgar por los dedos si no hablas? Dime, o te lleva puta.

Entonces, como la muchacha no abría la boca, el hombre, con tremenda furia la arrastró hacia el centro, le amarró las muñecas y templó las manilas, hasta dejarla suspendida en el aire, como a medio pie del suelo.

- O hablas o te mueres..., ¡so mosquita muerta!

Pero no contestaba; tenía los ojos cerrados; se movía como un muñeco blanco, desnudo, con su par de hermosos senos, y su pubis negrísimo, en armonía con los cabellos, pero ya su cuerpo, con languideces y veladuras lilas, azulencia y verdosas, daba la impresión de una pintura de la crucifixión de Jesús.

-Pedro, ¡por dios, suéltame! -clamó la desposada.

-Hablas o te mueres, Catalina...

-Pedro si me sueltas...

-No, si me dices...

Pasaron unos cinco minutos, la muchacha se orinaba de susto y su corazón se le salía a pedacitos por la boca; perdía la visión, se le secaba la lengua.

-Pedro, -¡ay, no me mates!...

-¡Te morirás! ¿Qué me queda?

-¡No me quiero morir!

-Habla indigna.

Hubo un silencio de dos minutos, ni siquiera se escuchaban los suspiros de la muchacha, pero ella no se había muerto aún y luego al fin se atrevió a hablar.

-¡Habla!...

-Fue el cura Sinforoso Fonseca..y no fui yo la única...

Serían las once y media de la misma noche, cuando Pedro Guitarra tocó la puerta de la casa de don Cosme. La señora Robustiana abrió.

-¡Dios mío!...¿qué veo? -exclamó la señora.

-Aquí le devuelvo a su Catalina, como me la dieron-dijo Pedro Guitarra y por la misma se fue.

-Hija linda, ¿qué te ha pasado, amor mío?

Al día siguiente, aunque el pueblo amaneció, como siempre, las cosas no eran iguales. En la casa de don Cosme todo se derrumbó, como un terremoto, o algo peor. Catalina golpeada y espiritualmente muerta, era consolada por su hermana menor. Pero nadie la hacía hablar. Cosme dudaba entre matar a Pedro Guitarra o a su hija, pues no sabía la razón de nada. Robustiana como era madre, sospechaba la cuestión de los hechos, pero ni siquiera quería suponer, lo que su instinto le dictaba. Por eso no insistió en las preguntas, para no acabarla de matar. Qué terrible situación y qué vergüenza para la familia humilde y trabajadora de don Cosme, que toda la comunidad se enterara ese día que Pedro Guitarra había devuelto a Catalina a su casa esa misma noche. "¡Horror, santo dios!"...

Pero allí no terminó la desgracia. Esa noche Pedro Guitarra se apareció temprano en la cantina; al lado, en la gallera, todavía quedaban los apostadores de las peleas de gallos de la tarde del domingo. Se sentó en la mesa habitual, desde donde se abarcaba la serranía azul; pidió una botella de seco y allí solito empezó a echarse vaso tras vaso. Al rato llegaron sus amigos íntimos. El brindó, y cuando la botella terminó, en silencio, con la mano, pidió otra. Luego, la cantina se llenó de gente ansiosa por conocer la cosa. Pero ni Pedro abordaba el asunto con sus amigos, ni nadie quería importunarlo con preguntas al respecto, para no hablar de la sogá en la casa del ahorcado.

Alrededor de las casas, en el llano y otros lugares del pueblo se hacían toda clase de comentarios y suposiciones. Era una desgracia para la comunidad y una verdadera lástima, porque afectaba a gentes tan queridas y laboriosas.

-Parece inconcebible que estas vainas ocurran -dijo allá por lo bajo, el viejo cantinero- pero el mundo es así.

De pronto Pedro, ya con los tragos en la cabeza, dejó de tomar y le dijo a sus amigos:

-Perdí.

Bajó la cabeza, y se quedó largo rato así, con un vaso en la mano.

-Perdí, como se pierde un gallo peleador en la gallera. Hubo un silencio circular, todos los galleros y la clientela quisieron escuchar, letra por letra; confianzudos, hicieron ronda en torno a la mesa. Pedro levantó la cabeza, al parecer no le molestó el circo.

-Está bien -dijo- ¿ustedes quieren saber por qué le devolví la Catalina, que era todo mi amor, a don Cosme y a doña Robustiana, a quienes tanto aprecio?

No se escuchaba el vuelo de una mosca en la temprana noche, sino uno que otro grillo afuera, en el llanito.

-Porque primero anduvo con otro... nada más por eso.

Unos asintieron, otros reaccionaron con hilaridad.

-¿Saben quién fue el autor de esa cacería?

Los hombres se miraban entre sí y luego aguzaron la atención estirando las orejas y casi echándose encima de los amigos que acompañaban al adolorido Pedro Guitarra.

-El cura Sinfonso Fonseca, quien además se ocupó de las demás muchachas del coro, unas trece...

El murmullo sacudió el silencio de la cantinita; los clientes pidieron sus últimos tragos; se oía uno que otro canto de gallo. Pedro se levantó del taburete, para salir.

-No me acompañen -dijo a sus amigos- me voy solo, tal cual vine.

Empezó a cernirse una llovizna, con chispitas lentas y lastimosas. Sobre una palma tal vez, o un árbol viejo, cantó el cocorito.

Al día siguiente fue el escándalo social; ya no se pensaba en Pedro y Catalina, sino en el cura Sinforoso, el santo que había venido hacía años de España. Se decía que era canario, de las islas Canarias. Allí su padre, un fornido campesino criaba puercos, y había tenido once hijos. Cinco hembras y seis machos, entre ellos, el último, Sinforoso. Todos los otros resultaron aventureros, marinos, soldados y algunos fueron a parar a las cárceles, por bandidos, pero Sinforoso optó por la religión y se hizo cura. Su impetuosidad en las acciones, su fortaleza de canario y sus decisiones inequívocas eran bien conocidas por todos. Pero del otro lado de la medalla de su talante era poco lo que se comentaba, entre otras cosas, por el respeto al cura y el sentido de la piedad de las mujeres. En los mentideros y en la gallera se runruneaba, a veces, que el cura solía ir con las chicas del coro a bañarse a la divina poza azul. Se arreaba la sotana, sin más ni más, y quedaba en calzoncillos, que le dejaban entrever las partes. Las chicas, desde luego socarronamente y de medio lado le sapeaban aquello y el cura les decía: - "¡Ya vienen con la malicia!... ¡ya vienen con la malicia!..."

Cuando don Cosme, supo la real historia de su hija y el autor quedó sentado, apopléjicamente en la silla, de la pura rabia, entre conciente e inconciente, y luego de volver en sí gritó: - "Tú Robustiana, eres la única culpable. Te lo dije siempre, eso de que Catalina anduviera en los dichos coros y en cuanto paseo organizaba el Sinforoso... Pero tú siempre tonta, buenaza, creyente, pensando que los curas todos, son apóstoles. Te decía, sobre eso de la sobadera del cura con Catalina: -"Robustiana, Robustiana no te olvides que cura arrecho no cree en dios"- Te lo decía y tú en lugar de hacerme caso me insultabas porque yo le faltaba el respeto al padre. Y ahora, ¿qué? Y no sólo fue ella, sino las otras doce hijas de Marías Solteras... ¡Mierda, cura cabrón!..."

Pero nadie movió una paja en aquel pueblo para honrar a Catalina y a las doce muchachas del coro. Sólo reverberó el rumor de casa en casa, incluso en la misa de seis y en el rosario, casi nadie se atrevía a mirar de frente al cura, y éste se hacía el chivo loco, como que no se daba cuenta de nada mientras le puyaba la tempestad que le sacudía las asaduras.

Esa noche, tarde de la noche, cuando bajo la luna llena el cocorito cantaba arriba de un alto caimito, en un descuido de los vivientes de la casa de don Cosme, la Catalina sigilosamente y como un fantasma -en la noche anterior las vecinas comentaron que habían visto un fantasma cruzar el llano -la mal herida muchacha, en realidad salió por una ventana y se fue a la poza azul transparente. Desde arriba de los paredones de amarillas rocas en donde los indígenas grabaron cuestiones que parecían signos misteriosos, la luna redonda proyectaba hacia el fondo del agua, la sombra celeste de Catalina. Ella levantó la cabeza con sus brillantes cabellos largos y negros, para darle un vistazo a la luna, se persignó y se lanzó al abismo de las aguas. Allí, momentos después la verían la misma luna llena y las sardinas plateadas, flotar como una enorme orquídea lila y muerta.

En la mañanita, cargada en andas de los vecinos y familiares, trajeron a la finada Catalina, a la desgraciada casa de don Cosme, y después la enterraron en el cementerio, sin llevarla a la iglesia, porque dicen que los que se quitan, por sí mismos la vida pierden ese derecho.

Eso fue como a las once de la mañana. En la tarde en el ocaso amarillo pálido y triste, detrás de las palmas y los mangos, se vio salir en su caballo oscuro a Pedro Guitarra. Llevaba la cajita de herramientas y la guitarra; el sombrero de junco, con el ala delantera agachapada sobre la frente derrotada. El pueblo, desde ventanas y puertas, lo vio pasar; iba sólo por el camino; allí se perdió, como una sombra, al final de la meseta entre la ramazón del rojo y viejo algarrobo del crepúsculo.

A la semana de estos sucesos las aguas turbulentas trataban de llegar a su nivel; la pregunta de los vecinos era muy sencilla: "y el padre Sinforoso, ¿qué?" ya todo mundo conocía cuáles habían sido las otras muchachas santificadas por el cura. Una, hacía años había salido, de repente, en cinta y se fue del lugar. Otras se casaron sin angustias ni puerca asada, y algunas estaban por allí de solteras, en espera de algo. Honradas por Sinforoso, quien en los momentos de la cúspide les musitaba que eso no era malo, sino que ahora quedaban purificadas, terminaron por hacerse que la cosa no era con ellas.

El domingo en la gallera, en un momento dado, alguien dijo

-Los que sean hombres que me acompañen.

-¿Para qué? -respondió un gallero, con su gallo en los brazos.

-Vamos a capar a ese bribón del cura Sinforoso para vengar al pueblo.

-Sí, contestó otro; vamos a cortarle los huevos y echárselo a los puercos...

-¡A la carga!

-¡A la carga!

No bien habían marchado unos veinte metros hacia la casa cural, por el llano del pueblo, dando gritos, cuando les salió al paso, el alcalde y los detuvo.

-¿De qué se trata señores, que yo no sé?

-Alcalde, vamos a capar al cura fornicador.

-¡Santísimo!

-Súmese alcalde para vengar el oprobio que se nos ha hecho a todos.

-¡Santísimo... Pero eso está en contra de la ley, y no lo puedo permitir. Mejor vuélvase a la gallera; se los pido por favor... Yo me dirigiré a las altas autoridades para el debido castigo, pero nada de revoluciones y menos de descojonar a un presbítero. ¡santo dios! Porque entonces sí se sala definitivamente este pueblo...

Los galleros regresaron a la valla y siguieron la riña de gallos sin mayores remordimientos.

Pero al día siguiente, uno que le decían Estalin, porque en 1932 había participado, en la capital, en el movimiento inquilinario, y quien huyéndole a la policía regresó a su pueblo; un obrero descreído que no era aficionado a los santos ni a los curas salió temprano en la mañana y le tocó la puerta al personero.

-¿Qué te sucede Estalin? -le preguntó el funcionario municipal al huelguista.

-Oye, préstame una máquina de escribir y algo de papel. Mira, y si no es molestia, una o dos hojas de papel carbón.

-¿Qué? ¿Tienes algún caso para demandar hoy?

-Sí, hombre, un tremendo caso.

El personero prestó la wondergood, y le trajo café con tortilla de maíz amarillo, y Estalin sacó un ajado manuscrito y empezó a sacar copias. Como a la hora, Estalin le dio las gracias al personero y se dispuso a repartir las volantes, en varios lugares y casas. Después el personero supo, para su disgusto, que se trataba de una décima que en parte decía así:

"Escuchen la triste historia  
de un cura y su valentía,  
que sin querer se comió  
trece hijas de María".

"Un Sinforoso Fonseca,  
por más señas, español,  
vino a esta tierra del sol  
con una sotana chueca.  
Luego aumentó de manteca  
de influencia y de oratoria  
y de amores y de gloria,  
y cual zorra en gallinero  
de las niñas fue el primero  
ESCUCHEN LA TRISTE HISTORIA".

Y en ese tono fueron las restantes tres estrofas de la espinela. A los pocos días el señor personero mandó a buscar al poeta Estalin con el sargento del lugar.

A la personería se presentó Estalin, en el supuesto de que se trataba de represalias por haberse identificado, mientras en la capital lo buscaban por sus acciones revolucionarias de la lucha inquilinaria.

-No es eso, distinguido poeta, mire este telegrama -dijo el personero, y le extendió el papel.

El telegrama decía: «Ponga a mi disposición a Rogelio Yañez, alias Estalin, y trasládalo detenido a la cabecera de la provincia. Firmado: Procurador General de la Nación.»

A la mañana siguiente, las gentes, desde puertas y ventanas, pero sin mover una paja, vieron cuando llevaban a Estalin maniatado y tirado por una soga, mientras el sargento en su caballo iba adelante, a paso lento, hasta perderse allá, entre las ramas del viejo algarrobo por donde se acostaba el sol, en los crepúsculos del llano.

Después llegaron al pueblo noticias de los amigos de Estalin, en el sentido de que había sido mandado a la isla penal de Coiba, por haberle faltado el respeto al señor cura Sinforoso Fonseca con la injuriosa espinela.

Pero a la semana siguiente y sin haberse despedido de nadie, por la misma ruta habitual de los viajeros pasó el cura con una tropilla que cargaba pertenencias y demás propiedades. Salió temprano. Desde las puertas y ventanas los vecinos, lo vieron alejarse, hasta cuando las sombras violetas se perdieron en la curvatura que daba fin a la meseta, en el sitio del añoso algarrobo. Muy pocos supieron más del cura Sinforoso, algunos recibieron noticias de Estalin, cuando, al fin salió de Coiba y nadie en absoluto tuvo razón de Pedro Guitarra.

Y dicen que pasaron los meses y años, y el pueblo casi parecía el mismo, porque estaba la meseta verde, la cordillera azulenta y la poza transparente, con su chorro multicolor. Habían desafíos de gallos finos en la gallera, pero era un pueblo distinto, como son las

cosas de la vida y del mundo, un pueblo sin Catalina, sin Pedro Guitarra, y sin el cura Sinforoso, y el tiempo se encargó de tapar esos huecos, borrar aquellas angustias y curar las heridas, aunque un vendaval del mismo diablo, una tarde se llevó en los cachos, al viejo y corpulento algarrobo del crepúsculo.

Se supo que el obispo había ordenado, como castigo, el traslado del padre Sinforoso Fonseca a otra parroquia, al Este de la capital del país, en donde nadie supiera de dónde venía ni porqué. Allí, al parecer se arrepintió y como de los arrepentidos se sirve dios, pues así fue. Hizo carrera larga y con los vecinos y el apoyo de una agencia para el desarrollo de los Estados Unidos, en su parroquia se construyó una escuela técnica para niños de conducta especial.

Llegó la hora en que el padre Sinforoso Fonseca se puso viejo, por lo cual ya ni podía levantarse de la cama y no obstante seguía con sus misas, bautizos, rosarios... Sin embargo, aseguran que todo cuanto empieza termina, y su corazón palpitó súbitamente un día, a las doce en punto, cuando almorzaba un guacho de marisco y entró al comedor una niña, como de trece años, cholita ella, de cabellos negros y largos y le preguntó al padre:

-Padre, ¿por qué usted no quiere organizar aquí una Congregación de Hijas María Solteras, y un coro para ayudarle a cantar la santa misa, como en otras iglesias?

El padre sintió que recibía un garrotazo en la sien, viró las cutarras, se desplomó, y así lo hallaron las personas que lo atendían, objetiva y supremamente muerto.

Meses después, cuando se inauguró el plantel, incluso con la presencia del embajador de los Estados Unidos, el ministro de educación, con la previa aprobación del obispado, develó la placa conmemorativa, colocada en el frontis del colegio; ella decía con letras góticas: "Escuela Técnica, Padre Sinforoso Fonseca".

Ciudad de Panamá  
Junio - 1993.

## HUEVOS DE CABALLO FINO

### 1

-Usted me perdonará patrón -le sopló con desusada socarronería el mayoral a su jefe, don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería- pero dijo el señor alcalde, que su caballo no era mejor que el cuarto de milla peruano, del afamado y riquísimo hacendado, don Porfirio Piedrahita, quien vino a la feria, en representación del señor presidente de la república.

-Eso no puede ser Patrocinio... no puede ser.

-De ello habló el alcalde, señor y perdóneme.

-¿Y en dónde comentó tal pendejada, ese alcalde maricueca?

-En la cantina, cuando despedían al hombre del presidente.

-Borracho lo diría.

-Eso comentó la gente.

-Porque de haber estado yo allí, tú bien lo sabes Patrocinio, que lo mando para el mismo carajo y le doy cuatro trompones, para que se los lleve a mi gran amigo el presidente. ¿Qué se han creído estas bestias pueblerinas? ¿No saben quién es aquí, Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería?

-No lo sabrán, patrón, pues de haberlo oído yo lo jodo por el nombre de mi santa madre, que me lo apeo del caballo y lo desnarizo, de un solo pescozón, aunque me hubiera metido preso.

-Gracias Patrocinio, tú no estabas, pero mira y oye lo que te voy a declarar, para que lo riegues en el pueblo inmediatamente: hoy es lunes, pues a más tardar, después del miércoles, ese hueveta del alcalde no lo será más... Y se acabó, Patrocinio... ¿O quién soy yo en este miserable pueblo? ¿Ah?

-Usted es el Papasanto, patroncito, pues ya le falta poquito para hacer milagros, don Napo.

-No exageres Patrocinio... no exageres.

El miércoles al medio día, precisamente antes del juego de la lotería, don Napoleón recibió, del excelentísimo señor presidente de la república, el telegrama de desagravio, mediante el cual le comunicaba que había destituido al alcalde, inmediatamente, y le pedía disculpas por la irreverencia de su subordinado.

## 2

Buena mañanita salió don Napoleón en su caballo, en paso «pica», a ver cómo iban las cosas, en los terrenos que había arrendado recientemente, a unos empresarios colombianos, ya que en la tarde debía ir a la capital para atender una reunión de mucha importancia, con ejecutivos norteamericanos. Hombre mañanero le gustaba sorberle el rocío a las madrugadas. Esta vez, cuando repicaban los pasos del famoso caballo hacia sus tierras, vio salir la bola roja del sol entre las cuerdas infinitas de sus alambres. -"¡Jum!... exclamó... hoy el sol se quedó dormido".

Halló a los colombianos, debajo de una enramada, justamente a la hora del café.

Buenos días, señores -saludó el hombre del caballo.

-Buenos días, don Napoleón. ¿Qué lo trae tan de mañana por estos lados?

-Pues saber de ustedes.

-Por favor, bájese don Napo y tómese un cafesillo tinto, que es muy colombiano.

La conversación en el desayuno versó sobre los progresos de la empresa, que la compañía colombiana, se proponía realizar en los terrenos arrendados a don Napoleón, en donde habría, además un puerto de río y una pista para las avionetas.

Los empresarios aseguraban que iba a ser de mucho impacto para el desarrollo de toda la región. Pero luego, entre sorbos de café, se hicieron comentarios acerca de la feria y de los criterios sobre los mejores caballos de paso.

-Mire, don Napo, ahora, al ver su precioso caballo, yo, como buen conocedor de estos menesteres, le digo que el caballo del representante del señor presidente nunca fue mejor que el suyo no era nada cierto, yo estaba allí.

-No hombre, ¡qué va a ser! Son cosas de la política.

-Así es, ¿pero quiere que yo le dé una idea?

-¿Qué asunto?-

Como usted viaja tanto, vaya a Medellín. Visite los famosos criaderos de caballos finos y allí podrá conseguir uno, para taparle la boca a cualquier millonario, no sólo de aquí, sino de toda Centroamérica.

-No exagere ingeniero...no exagere.

-Pero vaya, don Napo, usted es poderoso y puede hacerlo.

### 3

Don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería, acompañado de uno de los jefes de compras de su agencia importadora y muy bien orientado por sus arrendatarios colombianos, se fue a Medellín, justamente para ver una de sus renombradas ferias. Y tuvo la suerte, en la visita a la muestra de caballos finos, de hallar un hermoso caballo negro, de cabeza pequeña como los árabes y la crin con un raro tono dorado. De súbito don Napoleón se enamoró del potro. Mas como buen comerciante empleó sus viejas mañas de regateador y lo cierto fue que logró muy buen precio y realizó el negocio. Ordenó a su ayudante que pagara e incluyera el transporte, para que el animal llegara, sano y salvo, no sólo a la capital canalera, sino a la propia hacienda "Santa Gracia" de su pueblo, en el interior de Panamá.

-Ya van a ver esos pendejos de mi país, quién es quién... -dijo el hombre en la feria mientras sobaba la curvada nuca del esbelto corcel- y mira, el caballo se llamará "El Mandamás Dorado".

## 4

Y todo resultó como don Napoleón lo ambicionaba, pues en la conocida feria de Chiriquí, a la cual asistían ganaderos centroamericanos, se dio el gusto, no sólo de recibir los mejores elogios por ser el caballero mejor montado, sino que su caballo, "El Mandamás Dorado", obtuvo el primer premio en la exhibición de caballos de paso. Esta vez, sin bajarse del campeón fue entrevistado por la prensa nacional y extranjera y fotos suyas, vía satélite, aparecieron incluso en algunas revistas especializadas de Estados Unidos y de Europa.

El señor presidente no se hizo esperar y le envió un telegrama de suma felicitación.

## 5

Era el caliente mes de marzo, y en su hacienda, bajo tupida parra de granadilla, don Napoleón se escapaba del infiernillo veranero, sobre la agradable espuma de una siesta sosegada. Tres de la tarde. La hamaca repetía su tonada: ris... ris... en eso, la secretaria recibió una llamada, a través del sofisticado sistema radiotelefónico francés, allí instalado; la rubia muchacha se sorprendió, porque la voz venía de la lejana Francia, le dijeron algo así como que de la Costa Azul, de Cannes.- "¿Cannes... Cannes?" - Se preguntó la chica- me suena".

Llamó al muchacho, pero éste le recordó que el patrón dormía la siesta. -"¿Qué hago? ¿Qué hago? Porque si lo despierto... es capaz de putearme"-

-Señorita -respondió al fin la temerosa secretaria- Don Napoleón de la Guardia y Rentería a quien usted llama, en estos momentos hace su siesta.

-Pero por favor, se trata de una cuestión de mucha importancia para él, le llaman de Cannes, Francia, de la Costa Azul... ¿Me comprende?

-Claro que lo comprendo... de la Costa Azul, de Cannes, ¿No es allí donde realizan los famosos festivales de cine?

-Sí mi querida damisela... llámelo.

-Yo apenas soy una secretaria. ¿Por qué no vuelve a llamar dentro de una hora, más o menos?

La llamada se cortó. Pero a la hora, justamente, se oyó la voz tronante de don Napoleón.

-¡Mi buchito de café!... O es que soy tan miserable que no hay una taza de café y un traguillo de anís, para este mortal?

La bellísima secretaria corrió con la bandeja humeante de café, con arepitas recién fritas y una fina copa de Anís del Mono.

-Perdón don Napo... ¿Le informo?

-Qué cosa niña?

-Hace como una hora le llamaron por teléfono.

-Bueno ¿y qué?

-No me dijeron, pero le hablaban de Cannes, Francia, y la persona decía que era de mucha importancia para usted.

-¿Y por qué no me llamaste, tontuela?

-Señor. ¿y no me ha dicho usted que me mataría si le daño la siesta?

-¡Hum!... tienes razón. ¿Pero de Cannes?

-Si don Napo.

-Cannes...Cannes... me suena.

-Perdone, señor no será de alguna famosa artista, de ésas que a menudo nos habla y que apenas llevan un hilo dental entre las posaderas.

-No exageres muchacha...no exageres.

En eso sonó, de nuevo el teléfono.

-Don Napo -exclamó la chica- tome, es la llamada.

-¡Aló! -respondió el hombre.

-¿Con don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería?

-El mismo que viste y calza. ¿Con quién tengo el honor?

-Mire distinguido don Napoleón, acabo de informarme, por una revista francesa de su sonado triunfo con el caballo "El Mandamás Dorado", y quiero felicitarlo.

-Gracias, ¿pero con quién tengo el gusto de hablar? ¿Es usted periodista? ¿Se trata de una entrevista?

-No mi estimado ganador; da la casualidad de que el caballo suyo es de mi cría, de mi hacienda en Medellín. Es uno de los mejores que he tenido.

-¡Ah, muy bien! Allá me dijeron que usted vivía en Suiza.

-Así es, ahora estoy en la Costa Azul. Pero hay un problemita y deseo que usted, con sus dotes de caballero me lo resuelva.

-A ver, dígame.

-Se trata, señor de que ha habido un pésimo mal entendido.

-¿Mal entendido? ¿A qué se refiere?

-Nada don Napoleón, pues algún burro debo tener yo de administrador en aquella empresa, que por una cosa u otra se equivocó en la transacción del caballo.

-Pero todo fue legal, señor legalísimo.

-Lo sé don Napoleón, no tengo la menor duda acerca de su honorabilidad, pues desde Panamá, en donde poseo un importante banco, me han hablado muy bien de su nombradía y gran fortuna.

-Así es señor, yo mismo hice la compra y pagamos, tal cual fue el negocio.

-Sí, en eso no hay confusión alguna, distinguido empresario, la culpa fue de mi administrador, pues en realidad le dieron un caballo que no era. El que usted se llevó cuesta casi el doble de lo pagado por su excelencia.

-Bien, pero yo pagué veinte mil dólares.

-Eso me informaron hoy, cuando llamé a Medellín, luego de haber visto la entrevista, en la cual usted manifestó que había adquirido el caballo en mi negocio. Ese caballo, don Napoleón, vale cincuenta mil dólares, por lo bajo. Pero perdóneme, no se trata de esa pequeña cifra, para usted o para mí, sino que yo le había

prometido dicho ejemplar a mi hija, con motivo de sus próximos quince años.

-Mire señor -ripostó don Napoleón- ¿y qué me pide usted ahora?

-Pues un arreglito, casi nada. Deseo que me devuelva «El Mandamás Dorado», que yo le voy a reconocer un veinticinco por ciento, sobre el precio real, y le devuelvo, por supuesto, en su propia hacienda «Santa Gracia», el caballo correspondiente al precio que usted pagó, casi igual, medio hermano, negro y también de crin dorada. Créame, don Napo, me causa mucho desagrado solicitarle esto, porque entiendo lo que ya, para usted, significa ese campeón, pero acudo a su gran caballerosidad, reconocida internacionalmente.

-No señor, eso no se puede hacer.

-No se ofusque don Napoleón, hasta las guerras se resuelven mediante el diálogo... es la época.

-Ni qué diálogo, ni qué época, lo que sucede es que usted, no sabe quien soy yo en este país y después de ese premio que recibí, ¿qué va a decir la gente si le devuelvo el caballo? ¿Qué yo, don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería, hijo de uno de los troncos más honorables de la sociedad, no soy sino un desvergonzado bribón?

-No en absoluto... yo puedo hacer publicar, en cualquier periódico o revista del mundo artículos sobre este involuntario error, y usted, muy al contrario ganará más con esta historia, que si no me devuelve el caballo, porque, desde luego, mi distinguido comprador, usted tampoco me conoce a mí.

-Claro, y ni falta que me hace. Con todos los problemas que yo tengo, ahora me viene usted con esta vaina.

-Perdóneme, don Napoleón, no es ninguna vaina, es un gesto, un beau gest, y nada más. Me devuelve su "Mandamás Dorado" y yo le hago llegar, como un príncipe y hasta en aire acondicionado y todo, el caballo que verdaderamente usted debió recibir, y santa paz entre nosotros. Usted no tiene idea, de lo que significa para mi hija ese caballo.

-No señor don, ¡ni qué santa ni que paz del diablo! Y si usted habla de guerra, pues volveremos a hacer la guerra de los Mil Días... Y así supremamente disgustado, don Napoleón de la Guardia y Rentería tiró el teléfono, barboteando una terrible palabra panameña.

-¿Qué sucede señor? -preguntó asustada la secretaria.

-Nada... ¡una caída!

-¿Le traigo un cafecito más?

-No llámame, de una vez al Presidente de la República.

6

Esa mañana del viernes, casualmente desayunaba, como era costumbre suya, nada menos que en el palacio presidencial, con el propio señor Presidente y un invitado especial, el embajador de Francia, cuando don Napoléon recibió una llamada, desde su hacienda "Santa Gracia". Era Patrocinio, su mayoral.

-Te oigo ¿eres tú, Patrocinio?

-Sí, jefe.

-¿Y cómo se te ocurre llamarme aquí, a la presidencia, por cualquier cosa?

-Porque su señora, mi ama, me dijo que usted estaba allí, patrón y perdone, don Napo, no es cualquier cosa, sino que "El Mandamás Dorado" amaneció capado...

-¿Qué?

-Que caparon al «Mandamás Dorado»; capáito señor, como un perro capado.

-¡Putá!... no puede ser, oye... ¿estas borracho Patrocinio?

-Patrón, le digo que lo caparon.

-Y tú, so mariconzón, ¿qué estabas haciendo?

-Jefe, los perros amanecieron degollados; la capada tuvo que ser como a las tres y media de la madrugada. Nadie oyó nada, porque además, parece que primero inyectaron al caballo y lo adormecieron.

-¿Y por qué dices tú que sería como a las tres y media?

-Bueno, digo yo, por un decir; pero si hubiera estado yo despierto, primero me matan... usted bien lo sabe.

Cuando el señor Presidente observó que a su amigo Napoleón, tras de la llamada, se le salían los ojos de las cuencas, le preguntó por la causa de su trastorno: -"¿Qué ha ocurrido Napo?"

-¡Mierda, Presidente!... algún cabrón me mandó a capar el caballo...

-¿Cómo? ¿"El Mandamás Dorado"?

-Sí presidente, pero qué "Mandamás" será sin huevos?

Ante semejante intríngulis, el señor embajador de Francia quedó verdaderamente estupefacto.

7

Desde aquel desgraciado día, don Napoleón Ladrón de la Guardia y Rentería, se hizo acompañar, donde fuera, de temidas escoltas y empleó guardias de seguridad, en su casa, en los varios negocios, industrias y haciendas. El propio presidente le dio cierta protección.

Cuando en su pueblo, don Napoleón circulaba ahora con tal acompañamiento de individuos armados hasta los dientes y con feroces rostros, en realidad, las gentes trataban de esconderse por si un tiro se les salía, aunque en callejones y cantinas menudeaban comentarios, chistes y tiradera de diversos tonos.

-¡Ah, viejo maricueca!... por un par de huevos de caballo fino, le entró la tembladera- expresaría un supuesto borracho.

Y de ñapas, días después, en una de esas tardes de abril lluvioso, en su hacienda "Santa Gracia", a las tres p.m mientras don Napoleón dormía, cuidado por sus patibularias escoltas, sonó otra llamada de la Unión Europea.

-Aló, contestó la hermosa secretaria, ¿con quién desea hablar?

-Señorita, es una llamada desde París.

-¿De Cannes?

-No, señorita, de París.

-Pero sucedę que don Napoleón duerme y ha dicho, además...  
perdóneme usted... ha dicho él que no quiere que lo vuelvan a joder  
con esas llamadas.

-Pues lo intentaremos, dentro de una media hora.

A los treinta minutos, justamente, volvió a sonar el teléfono y  
en este caso lo tomó un guardaespaldas.

-¡Aló!

-LLamamos desde París a don Napoleón Ladrón de la Guardia  
y Rentería.

-Señor, Napoleón -gritó uno de los vigilantes- despierte: lo  
llaman desde París, Francia.

-¡Ah, es ese hijueputa! Déjemelo, que lo voy a mandar para el  
mismo diablo. ¿Aló, quién es?

-Soy yo, el dueño de la cría de su lindo caballo, "El Mandamás  
Dorado".

-Y ahora ¿qué quiere usted?

-Nada amigo, le hago una pregunta: ¿por qué anda usted con  
esas escoltas y guardias de seguridad, si a mi sólo me interesaba  
"El Mandamás Dorado"?

**Ciudad de Panamá, marzo de 1994.**

## GLOSARIO

Barajustó-	de barajustar: huir velozmente.
Bichando-	de bichar, cazar bichos.
Black and White-	negro y blanco, especialmente zapatos.
Buchí-	Bull Shit, anglicismo, nombre despectivo, para referirse a campesinos.
Camarás-	camaradas.
Canero-	persona que habitualmente está en presidio.
Curacha-	baile típico
Changos-	pájaros negros, suelen andar en bandadas y son depredadores.
Chelos-	ojos claros.
Chigarra-	cigarra, Chicharra.
Chiva-	bus pequeño
Dad- Ibe-	dios del pueblo cuna.
Dule-	gente cuna.
Foreman-	capataz.
Gallote-	gallinazo.
Guajapin-	what happening- ¿qué sucede? ¿qué pasa?...
Guaricha-	pequena lámpara de querosín.
Hojarasquín-	el personaje congo camuflado con hojas, para defenderse de los enemigos.
Ibergoum-	dios cuna, el creador.
Inna mutíqued-	fiesta cuna, de niños de cinco a seis años.
Inna suid-	fiesta cuna del llamado corte de pelo, cuando la niña deja la pubertad.
Jorón-	altillo del rancho campesino.
Kabe dámalo cerquel-	exclamación que el suaribed da, en las reuniones y congresos del pueblo cuna para llamar la atención.
Machi-	en cuna, niño.
Mamera-	hijos acostumbrados excesivamente al amparo de las madres.
Man-	hombre.
Molas-	bella artesanía del pueblo cuna, utilizada para los corpiños de las mujeres; también es usada

	como obra artística y decorativa.
Muleto-	conejo silvestre.
Neles-	Sabios cunas.
Ñopos-	los ricos en los pueblos interioranos.
Ojo colombiano-	ojo amoratado por efectos de un golpe en las peleas.
Okey-	bien.
Paso picao-	paso de caballos finos.
Pichicuma-	avaro, cicatero.
Pichón-	costumbre en los bailes campesinos -cumbia- de pedirle al hombre la oportunidad para bailar con su pareja, en el propio momento del baile.
Revulú-	bolina, alboroto.
Sahila-	jefe máximo de una comunidad cuna.
Sanamabich-	Son of a bitch- Hijo de perra, de ramera.
Silampa-	abusión que se presente como figura blanca, enorme, entre nieblas.
Sonateo-	golpes seguidos de los tamboreros, y también los que hacen las mujeres que pilan, dados en el borde del pilón.
Suaribed-	Funcionario que hace el papel de inspector, en la sociedad cuna.
Waga-	personas no dules, en los pueblos cunas.

Este libro se terminó de imprimir en los  
Talleres de la Imprenta de la Universidad de Panamá



## CHANGMARÍN

Changmarín, nombre literario de Carlos Francisco Chang Marín, nació en 1922 en el caserío de la provincia de Veraguas, Los Leones, en la República de Panamá.

Se tituló de maestro en la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena y ejerció el cargo durante algunos años. Posteriormente se dedicó plenamente a la lucha social y política, ejerciendo también el periodismo, con la conocida columna: "**Las Famosas Cartas a Tula**", y como Director del semanario UNIDAD, órgano central de los comunistas panameños.

Ha sido Galardonado con el premio nacional panameño Ricardo Miró, en poesía, cuento y novela. Mereció el Premio Especial, del concurso literario "*Rubén Martínez Villena*", y la medalla "*Victor Jara*", de la Central de trabajadores de Cuba, "*por su militancia revolucionaria y su arte de función de la liberación de nuestra América*".

**Cuento:** Faragual, Faragual y otros cuentos, Nochebuena mala, cuentos de la invasión yanqui en 1989; Vida en la Oscuridad, Relatos de la cárcel (en ruso).

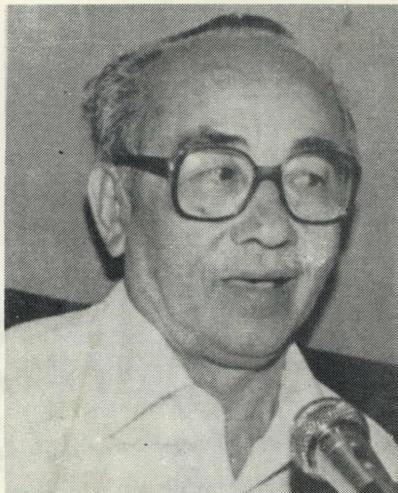
**Poesía:** Punto e Llanto, Socabón, Poemas Corporales, Dos Poemas, Versos del Pueblo. Versos para entrar al Canal, Crónica de siete nombres memorables. Los Versos de Muchachita, Las Tonadas y Los Cuentos de la Cigarra, Cantadera.

**Novela:** En ese pueblo No Mataban a nadie y el Guerrillero Transparente.

**Biografía:** El Cholito que llegó a General, vida de Víctoriano Lorenzo, para niños y jóvenes.

**Ensayo:** Panamá 1903-1970, con otros autores.

Areas Folclóricas de Veraguas y Base social de la décima.



**Las Mentiras Encantadas** es un volumen de quince cuentos del escritor panameño, Changmarín. Ellos reflejan el maduro estilo del autor de varios libros de cuentos: *Faragual*, *Faragual* y otros cuentos, *Nochebuena mala*, *Vida en la oscuridad* (en ruso) y cuentos publicados en revistas y antologías internacionales; entre ellos, el cuento *La Vaca*, de la Antología "*Cuentos y Narraciones de Hispanoamérica*", en homenaje a Vicente Blasco Ibáñez, y con prólogo de Gregorio Marañón, editado en Sevilla, en 1969; el cuento *El Correcto Secretario del Fiscal*, publicado en la revista Casa, de Cuba; el cuento,

*Gallofuego Gallogente*, mención del concurso de la revista Plural, del diario Excelsior de México; traducido al francés por Maryline- Armand Renard y editado en la compilación No. 9 de 1990, de Le Serpent e Plumes, París.

Del cuento *Seis Madres*, ganador de un concurso del diario La Estrella de Panamá el escritor y periodista Renato Ozores dijo: "*Seis Madres* a la impresión de estar escrito a chorros, vertiendo sin contención una serie de emociones fermentables en silencio y usando las palabras, no para vestir; sino para desnudar el pensamiento, como decía Unamuno".

Del escritor Changmarín dijo el fenecido novelista y poeta peruano Manuel Scorza: "En ese punto se ha iniciado un nuevo movimiento poético que yo llamaría realista. Habló de la poesía del mexicano Rubén Bonifaz, del dominicano Pedro Mir, del guatemalteco Otto Raúl González; del panameño Carlos Francisco Changmarín".

El catedrático, de la Universidad de Panamá, Dr. Euribiades Alvarado Caballero, quien obtuvo su título en la Universidad Complutense de Madrid, con el ensayo titulado: "La obra literaria de Carlos Francisco Changmarín, dice en relación a la cuentística de Changmarín, al analizar el cuento titulado *El Gato*, de Faragual y otros cuentos, lo siguiente: "Este cuento, digno de Hoffman o de E. Poe, por la magistral mezcla de la dosificación del misterio, el autor juega con el tiempo en un doble pasado-presente, y utiliza recursos del realismo mágico, sabiamente administrada".

A no dudar *LAS MENTIRAS ENCANTADAS*, será un importante aporte de la Universidad de Panamá, de la obra de un escritor panameño contemporáneo, que presenta un nivel latinoamericano en su obra realista y mágica, situando a Panamá, no sólo como un país canalero, sino de elevada cultura literaria.

## LOS EDITORES